

Porque en verdad aquellas fastuosas ceremonias con que años atrás se rodeaba la inauguración de las Cámaras, han desaparecido. Del Palacio presidencial a la plaza mayor el mismo cordón de soldados de antaño uniformados con trajes de parada, los mismos oficiales enfundados en sus levitas germanas, el mismo cortejo oficial, pero todo frío, sin brillo, sin calor. Ya ni los chiquillos alborotados ni traviesos ocupan sus ocios en detenerse para ver pasar la comitiva, y los hombres en quienes la reflexión ha nacido, apenas si miran de lejos todo aquello con un gesto despectivo y aligeran el paso.

Nada que en nuestro ánimo pesara tanto para impulsarnos a desear ser dueños de una credencial como el aparato entusiasta con que antes inauguraba sus labores el Parlamento. Por entre apretadas filas de ciudadanos que pugnaban por no perder detalle alguno, desfilaban serios, importantes, majestuosos, los varones ilustres a quienes la Patria confería el más noble y delicado mandato. Las dianas con que se saludaba el paso de la bandera repercutían marcialmente como un canto